

Que la muerte nos sea leve

Ana Cuevas Pascual

Conozco al dolor. Me rodea en mi puesto de trabajo desde hace varias décadas. Y en el ámbito personal, como muchos de ustedes, he visto padecer agonías estériles y prolongadas a algunos de mis seres más queridos. En cada ocasión en la que, en mi entorno, se produce una muerte tras un proceso de extinción lento y doloroso, sin tratamientos paliativos adecuados, sin disminuir con morfina u otras drogas la intensidad del sufrimiento y la angustia del moribundo (con la irónica excusa de no acelerar su muerte), siento una profunda tristeza que rápidamente muta en una rabiosa indignación.

¿Quién se cree con derecho moral para condenarme a morir rabioso en base a sus propios principios éticos o religiosos? ¿Por qué, si estos iluminados buscan la santidad a través del tormento extremo no se lo aplican en sus propias carnes y dejan que los demás, aunque nos perdamos el cielo, podamos pasar por este trance con la serenidad que merece un ser humano?

Son estos personajes, ultracatólicos de programa electoral y sus quintacolumnistas, los que emprendieron la caza de brujas contra el doctor Montes y su equipo en el Severo Ochoa de Madrid. Luis Montes perdió su trabajo, a pesar de que se demostró su inocencia acerca de las sedaciones “sospechosas” de las que fue acusado, gracias a un “anónimo” envenenado. Pero esto solo fue el principio de una maraña de descalificaciones, calumnias e insultos en la que, la vida del médico, quedó enredada largamente. ¿Cómo defenderse de políticos casposos, como Miguel Ángel Rodríguez o de mercenarios periodísticos como Vidal, Pedro J. Ramírez o Federico Losantos? Su delirante ofensiva contra el jefe del servicio de urgencias desplegó un amplio abanico de despropósitos. Desde compararlo con el líder de Sendero Luminoso, pasando por acusarlo de nazi, asesino y otras exquisiteces que, el propio Montes, ha tenido que combatir en los tribunales. Pero insisto: Aunque la justicia acabe dándole toda la razón y los lenguaraces paguen por su insidiosa verborrea. Aunque Montes recuperara su puesto de trabajo, cosa que incomprensiblemente no ha sucedido. A pesar de todo esto, el daño ya está hecho.

Porque no todos los profesionales pueden ser tan valientes como Luis Montes. Dar la cara ante toda la basura que le echaron encima, con el objeto de convertirlo en el chivo expiatorio de una estrategia política, y sobrevivir dignamente. Y este asunto ha influido en las decisiones de otros profesionales respecto a las sedaciones de enfermos en estado terminal. La consecuencia es que todos salimos perdiendo.

Porque debemos hablar claro. Aquí no se están debatiendo planteamientos tan elevados y espirituales como se pretende. He visto pedir con igual fervor que se aplicaran calmantes, tanto a laicos y católicos como a practicantes de otros credos. Especialmente cuando el proceso de la muerte es irreversible y el moribundo es un familiar cercano o, incluso uno mismo. Entonces saltan por los aires esas férreas convicciones espirituales. La crudeza de presenciar el “martirio” al que se somete al enfermo al negarle los fármacos que le ayuden a moderar el suplicio, rompe los esquemas del más recalcitrante.

A no ser que hablemos de algún ejemplar de psicopata de corte religioso, que haberlos haylos, capaz de anteponer sus principios sadomasoquistas a la compasión ante el dolor de los que dice amar.

Pero estos son los menos. Los demás, utilizan el estandarte del miedo y de la fabulación. Como borricos iletrados que saben que contarán con la aquiescencia, y con los votos de otros iletrados, mucho más borricos que ellos. Esa masa de linchadores anónimos a la que se apuntan tantos ciudadanos, independientemente de la causa objetiva, animados por defender los valores de la España nacionalcatólica que nunca se resignaron a perder.

En los últimos días fue un juez en Madrid el que obligó a seguir alimentando artificialmente a una enferma terminal contra la voluntad de su familia. Finalmente, médicos comprometidos que pertenecen a la organización DMD (Derecho a morir dignamente), consiguieron administrarle la sedación adecuada en su domicilio.

En muchas otras ocasiones, la intolerancia gana la batalla y condena a la persona a una muerte innecesariamente cruel.

En cualquier caso, espero que reciban para ellos lo que están reclamando para los demás. Una muerte sin ningún doctor Montes que atenúe su vía-crucis particular. Sin ninguna droga que les ayude a disipar el terror de ese momento. Una muerte “digna y santa” para alguien que pretende convertir la mía en un infierno.

Para los demás: Que la muerte nos sea leve, compañeros.

Tomado de la revista Andalán, de 26.5.2010